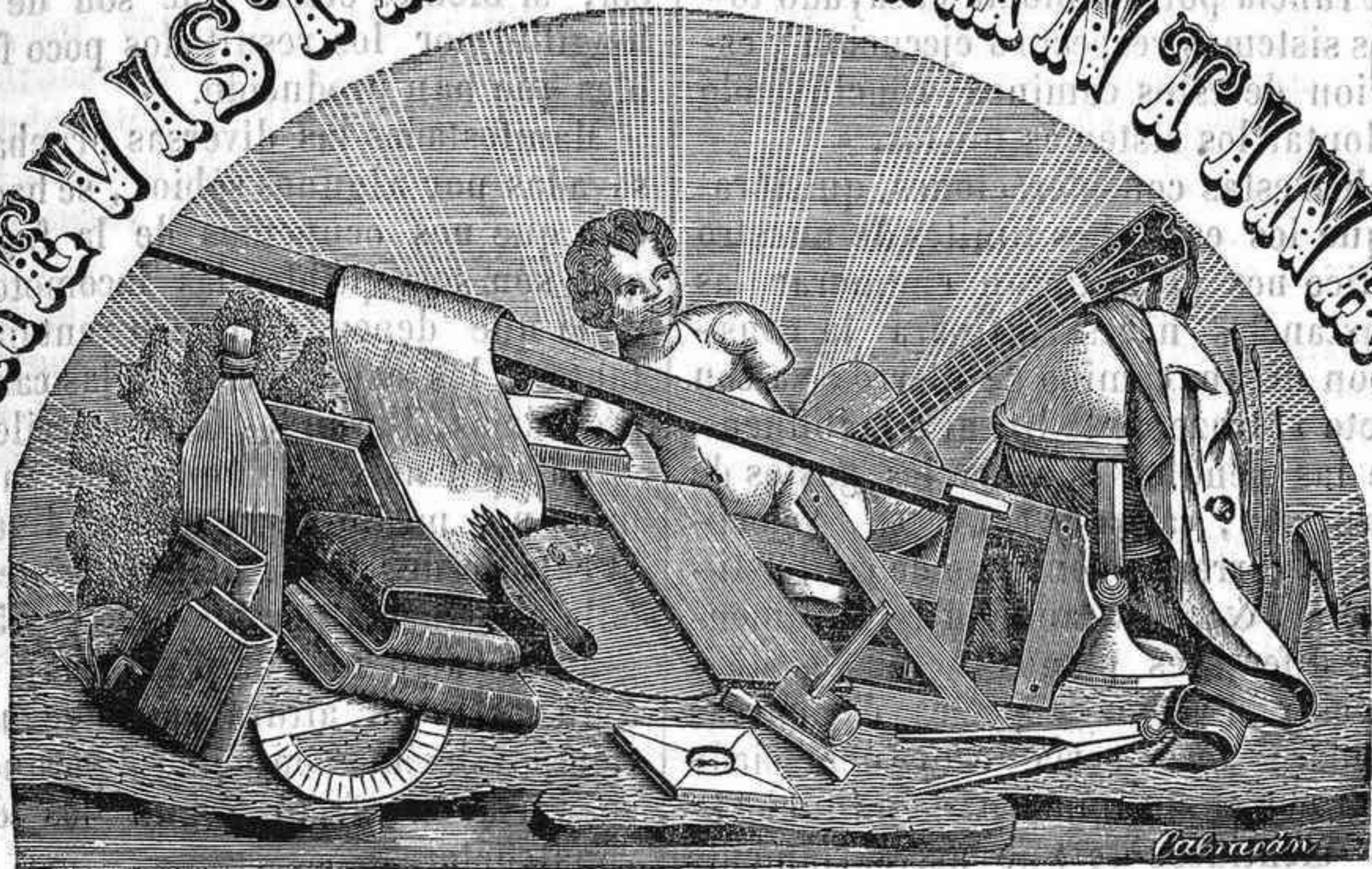


# REVISTA SALMANTINA.



## Periódico de Literatura, Ciencias y Artes.

### CAMINOS DE HIERRO.

(CONTINUACION.)

Todas las naciones de Europa y algunas de América han tenido buen cuidado, según dejamos visto, de construir caminos de hierro, en cuya ejecución no siempre han adoptado el mismo método. En Inglaterra como en los Estados-Unidos la construcción de ellos se ha confiado generalmente á compañías particulares; sin embargo el beneficio producido á los capitalistas dueños de las líneas en Inglaterra no sufre el descuento que en New-york por ejemplo, en que desde el momento que el camino produce mas de un 10 por 100, el Estado entra á compartirla utilidad escedente á esta cantidad, á menos que la compañía se convenga en bajar el precio de las tarifas en obsequio del público.

En Alemania los ferro-carriles se han ejecutado ya por compañías, ya por el Gobierno, y en muchos estados del Norte, como sucede en la Prusia, el Gobierno ha hecho concesiones perpétuas á los capitalistas interviniendo únicamente en la fijación de las tarifas, despues de la amortización del capital.

El Austria, que ha establecido dos grandes líneas con el objeto especial de poner en comunicación el Mediterráneo con el mar Negro, ha seguido el mismo procedimiento.

La Bélgica, según dejamos demostrado en el cuadro comparativo, es la nación que ha dado un ejemplo de mayor habilidad, construyendo relativamente mas caminos que ningun otro pueblo, y precisamente en una época en que se acogian con tibieza, sino con desconfianza, estas vias de comunicación; el ministro Notkomb participa de la gloria de haber en poco tiempo, con escasos recursos, y en

*Calvarán*



un pueblo naciente, planteando esa inmensa red de caminos de hierro tendida por la Bélgica y que es la envidia de todas las naciones.

La Francia por último ha ensayado todos los sistemas respecto á ejecución y explotación de estos caminos, concluyendo por adoptar los sistemas mistos.

Hechas estas consideraciones, quisiéramos que los estrechos límites de nuestro periódico nos permitieran enumerar las circunstancias necesarias para la construcción de un camino de hierro, ya con respecto al trazo de la línea, á la influencia de las pendientes sobre los gastos de construcción, carga de convoyes, velocidad de la carrera, consumo de combustibles, &c., &c., ya también relativamente á los diferentes planos inclinados discurridos y diversas especies de curvas adoptadas; pero sería esto demasiado enojoso por el sin número de minuciosidades científicas de que necesariamente tendríamos que hablar, y mucho más si consideramos los trabajos hechos por mecánicos ilustres en estos últimos años; pues aun cuando los brillantes resultados obtenidos pudieran hacer creer que les habían dejado satisfechos, ese impulso misterioso del génio, esa agitación inconstante que reina en el espíritu humano, han sido causa de los repetidos medios ideados para mejorar estas nuevas vías de comunicación. En demostración de esta verdad, citaremos algunas pruebas y tentativas efectuadas. Palmer, discurrió una especie de camino, modificado por Nevpen, y aplicable al transporte de materiales de construcción, explotación de ciertas minas, bosques ú otras industrias análogas.

Estudiando M. Shers las propiedades físicas del hierro y entre otras la tenacidad que ofrece el alambre, inventó un sistema especial de tornos y con él un sistema nuevo de transportes.

Clegg y Samuda hacen aplicación de la fuerza elástica del aire para su camino atmosférico, el cual difiere de los demás por la colocación en medio de los rails de una serie de tubos perfectamente ajustados, en los que se forma un vacío por

máquinas de vapor, sujetas al primer carruaje; el sistema atmosférico existe todavía en Irlanda desde Kingston á Dalker y en la línea de S. German en Francia, si bien es cierto que son de escasa longitud por los resultados poco favorables que han producido.

Manifestadas las diversas pruebas ensayadas por algunos sábios, se hace preciso que nos ocupemos de la fuerza de que son susceptibles las locomotoras, y de la que depende la gran ventaja, que tanto á los canales como á las carreteras ordinarias, llevan los ferro-carriles.

La potencia dinámica del vapor se mide por medio de la unidad dinámica ó el caballo de vapor; generalmente se calcula esta fuerza por un peso de 75 kilogramos (algo más de 6 arrobas) elevado á un metro de altura en un segundo de tiempo; decimos en general porque el peso varia en efecto según los diversos constructores.

Desde luego se conoce que por el empleo del vapor se evitan los obstáculos tan frecuentes en el uso de las caballerías teniendo además la ventaja que con un volumen menor cual es el de la locomotora, posee esta un inmenso poder; así es que no necesita ser de mucho tamaño para reunir la fuerza de 25 caballos, y si se tiene en cuenta lo que hemos manifestado en el artículo anterior de que la resistencia en el arrastre por los rails es mucho menor que en las carreteras ordinarias, hasta valuarla algunos en 10 veces menos, resulta que una pequeña locomotora produce una fuerza efectiva 80 veces mayor que cualquiera de nuestras diligencias arrastrada por 8 caballerías.

Para dar una idea de la fuerza que producen estos medios de comunicación oigamos lo que dice el ilustrado D. A. Búrgos con respecto á las líneas establecidas en Francia.

«Muy en breve habrá en cada una de las grandes líneas de Francia 200 locomotoras, cuya fuerza excederá á la de 20,000 caballos, fuerza que sobre los caminos de hierro resulta 60 veces mayor que sobre las carreteras ordinarias, es decir, que equivale á la de 1.200,000



caballos, de donde se deduce que con las máquinas de una sola compañía, se puede trasportar por camino de hierro la cantidad de mercancías que trasportaría por carreteras ordinarias aquel monstruoso número de animales. Multiplicando estos resultados por 6, por 8, por el número en fin que hoy vá á haber en Francia, se tendrá una idea de la fuerza que algun dia podrian estos caminos de hierro poner á disposicion del Gobierno Francés para enviar sus tropas de un punto á otro, del comercio para trasportar sus mercancías, y del público para circular cómoda y rápidamente.

(Se continuará.)

ANGEL VILLAR Y P.

## POESIA.

### SÁTIRA.

Hoc mihi suspectumes, quod oles bene. Postume, semper, Postume, non bene olet, qui bene semper olet.

(Martial, lib. II. Epig. XII.)

Dices que tu muger es tonta y necia,  
Y baila y juega, y en vestir se afana  
Y las cosas domésticas desprecia:  
Que gasta en componerse la mañana,  
Y solo sabe hablar de modas bellas  
Y del gran traje que estrenó Fulana:  
Que echa venablos, rayos y centellas  
Si á la mano le vas... Mas yo pregunto  
¿Quiénes tendrán razon ellos ó ellas?  
Arduo, sabroso y delicado punto  
Para escribir infolios garrafales,  
Y digno de otra pluma es este asunto.  
Ellas son y serán superficiales;  
Pero su debil sexo las abona  
Si usan para enganchar de medios tales.  
Su errada educacion las aprisiona  
En un mezquino círculo, y el mundo  
No busca la muger, busca la mona.  
¿Y qué ha de resultar? Yo me confundo  
Nuestra brillante juventud mirando,  
Vestida de oro hasta los pies, Facundo.  
¿Qué mucho que las hembras, apreciando  
De nuestras almas el menguado vuelo,  
La vista quieran fascinar, mostrando  
Linda fachada con voluble anhelo?  
En nuestra sociedad absurda fuera  
La modestia en vestir que usó tu abuelo.

Aquella varonil firmeza Ibera  
De la gallarda juventud de antaño  
Es ya tan solo fábula y quimera.  
A nosotros, raquíuticos de ogaño,  
Mísera juventud degenerada,  
Hasta el aire y el sol nos hacen daño.  
Brilla nuestra cabeza perfumada  
Por esquisita y estrangera esencia  
O á poder de aromática pomada.  
¿Y dónde está la varonil presencia  
Cuya marcial y prócer apostura  
Embellece del cielo la inclemencia?  
Queremos conquistar con la figura  
Cual versatil é insípida coqueta  
Que triunfa con efímera hermosura.  
Por este afan perdemos la chabeta,  
Y, descendiendo al rango de los monos,  
La argolla de la moda nos sujeta.  
Sabemos modular diversos tonos  
En esas mil y mil puerilidades  
Que á nuestra juventud abren abonos.  
Yo no quiero citar antigüedades  
Para oprobio del siglo en que vivimos,  
Ni el polvo revolver de las edades.  
El espléndido traje que vestimos  
Es nuestra credencial, y al que mas luzca  
Con inmortales himnos aplaudimos.  
Con tal que el pelo cual charol reluzca,  
Y el cuello se alee almidonado y tieso,  
Y el resto del vestido no desluzca,  
No importa lo demás; yo me embeleso  
Cuando contemplo el figurin de Francia,  
Que logra parodiar tanto camueso.  
¡Oh galicana y mágica elegancia!  
El mundo es tuyo, el porvenir te brinda;  
Tú bautizas la insigne petulancia.  
Si mi gaban es de color de guinda  
Y en forma de colchon trueca mi facha,  
Haré por cierto una figura linda.  
Pero alto aquí; la prescripcion gabacha  
Es la suprema ley, siquier prevenga  
Transformar la persona en remolacha.  
El capricho francés al mundo arenga,  
Abre la boca la embobada Europa,  
Y nadie habrá que á desmentirme venga.  
La ilustracion camina viento en popa,  
Los redentores son sastre y modista,  
Y en una cinta el prógimo se arropa.  
¿Quieres brillar mas pronto que la vista?  
Pues viste bien y lograrás tu intento,  
Y ni portero habrá que te resista.  
Eso de dirigir el pensamiento  
De nuestra juventud por otras vias,  
Y utilizar su claro entendimiento,  
Es contrabando aquí; ya lo sabias.  
En cambio baila y se compone y juega  
Perdiendo siempre, como tú perdias.  
Sus bellas dotes de orador despliega  
En discusion de modas importante:  
¡Oh digna de un varon noble refriega!  
Y, saludando, el cuerpo hácia delante  
Como novicio reverente inclina  
En ademán pardiez harto humillante.  
Pero no mas, que lánguido declina  
El pobre numen que mi mente inflama,



Y en tamaños sermones desatina.

Bien sé, Facundo, que la gente brama  
Oyendo la verdad; achaque viejo  
Si algún osado la verdad proclama.

De que se escueza y chille no me quejo.  
Porque tienen razón, y ellos acaso  
Así obrarán estando en mi pellejo.

Mas con el mundo vil nunca me caso:  
Me trata mal, pues *fuego*, y al avio,  
Bandera negra si me sale al paso.

El se rie de mí, yo del me rio;  
El me quiere humillar y hundir mi frente....  
Poco es el mundo ante el orgullo mio.

Sé que la noble juventud ardiente  
A la madura edad no es bien que imite  
Cuando la gloria y el amor presente.

Y no es fácil que el fuego debilite  
Del entusiasta corazón, que adora  
Bellezas mil, y amando se derrite.

Conozco ese poder de la traidora  
Pasión, que al hombre al precipicio guía,  
De bella entrada y dulce y seductora.

Simpática responde el alma mía  
A cuanto grande y generoso y bello  
Produjo Dios con célica armonía,

Porque es el alma límpido destello  
De su fuego inmortal, y el hombre vano  
Variar no puede el bulto de un cabello.

Pero en este equilibrio soberano  
De astros y mundos, átomos y seres  
Grabada está la omnipotente mano:

Deslindados también nuestros deberes;  
Y es mengua se confundan los varones  
Con las bellas y débiles mugeres.

Los apuestos y cándidos garzones  
No es decoroso que su frente humillen,  
Y cambien por enaguas los calzones.

Aunque galantes y obsequiosos brillen,  
Como la buena educación demanda.  
No es bien que ante la moda se arrodillen.

Harto afemina al joven y le ablanda  
La sociedad farsante y embustera  
Cuando le coge al pobre por su banda.

Mas útil y mas grande y mas severa  
Nuestra misión, es digna y elevada;  
Rey de la creación, el hombre impera.

Raza por el amor privilegiada  
Como hechura de Dios, no prostituya  
Su escelsa luz de magestad formada...

Pero, Facundo, adios; la carta tuya  
Estenso campo á disertar me ofrece,  
Y, antes de que mi sátira concluya,  
Perdon te pide, si perdon merece.

DOMINGO DONCEL Y ORDAZ.

Diciembre de 1849.

## EL RAMILLETE DE FLORES.

EPISODIO DE LA VIDA DEL CÉLEBRE **Cuvier**.

(Traducción del francés.)

—Gracias á Dios que he llegado á

tiempo! Dijo una joven como de 18 años subiendo en un coche de alquiler que en medio de una de las calles de París aguardaba parroquianos para partir. Acomodada en el carruaje colocó encima de sus rodillas una cestita llena de flores y comenzó á hacer ramilletes sin apercibirse apenas de un desconocido que en el mismo coche se hallaba. Sacó las flores, las arregló apresuradamente, y el ramillete quedó tan mal hecho que su vecino al verlo no pudo reprimir una ligera sonrisa. Levantó ella la cabeza hácia él con un modo muy gracioso y un poco ruborizada dijo:

—Los hago muy mal, no es verdad caballero?

El respondió con un signo amistoso de afirmación.

Ensayó hacerlos mejor dos ó tres veces. Las flores combinadas de diversos modos formaban un conjunto desagradable, acabando por desesperarse y dejarlas. El viagero seguía con la vista todos sus esfuerzos.

—Os creo, caballero, bastante bueno para enseñarme á hacer ramilletes dijo por fin la joven con esa encantadora autoridad que dan la juventud, la belleza y la inocencia.

—Con mucho gusto señorita, replicó sonriéndose el desconocido, á quien pareció divertir mucho esta proposición.

Le colocó sobre las rodillas el canastillo y observó con cuidado el procedimiento que el viagero empleaba en el arreglo de ramilletes. La joven le imitó tan bien que en el momento en que el coche llegaba á la barrera tenía terminados dos muy lindos. Púsolos la niña sobre la cestita y un silencio profundo reemplazó á la intimidad anterior.

Entre tanto el coche se aproximaba al término de su viaje, y la joven parecía preocupada por una idea que no se atrevía á emitir. Al fin dijo cubriéndose sus mejillas de un adorable rubor.

—Mucho me agradaría, caballero, el que aceptaseis uno de mis ramilletes.

—Gracias, mi querida, vuestras flores son muy bellas, y no debo privar de ellas á las personas á quienes las destináis.



El argumento pareció irresistible á la jóven, porque no insistió; solamente sacó el mas lindo clavel de un ramillete y lo presentó á su vecino. Este tomó la flor y la colocó cerca de una cinta colorada que se anudaba en su botonadura y la niña pareció muy gozosa de lo bien que habia recibido el clavel. En este momento acababa el coche de detenerse.

La hermosa viajera sacó la cabeza por la portezuela y bien pronto la volvió á meter.

—Cuánto llueve! exclamó, y dirigió una inquieta mirada sobre su vestidito de percal, su delantal negro y sus borceguies nuevos que dibujaban con mucha elegancia su pequeño pié.

—Señorita, dijo con bondad el desconocido, habeis partido vuestras flores conmigo; permitidme ofreceros un lugar en el fiacre que voy á mandar me traiga el cochero. Dió á este una buena propina y bien pronto condujo un fiacre al que se trasladaron los viajeros. El cochero levantó sobre la cabeza de la jóven uno de los lados de su largo redingote en forma de paraguas para que no se moajara.

—Dónde se os ha de conducir? preguntó el desconocido.

—Calle du pas de la Mule, número 3.

En pocos minutos el fiacre habia llegado delante de la casa indicada.

El caballero empleó, para preservar el tocado de la niña el mismo procedimiento que anteriormente habia puesto en uso el cochero. Cuando la hubo conducido sana y salva á la entrada del corredor que servia de vestíbulo recibió un millon de gracias de la hermosa viajera, que concluyó por rogarle descansase un momento en su habitacion.

Esta proposicion no le desagradó pues aceptó desde luego.

—Después de haber enseñado á esta jóven el arte de hacer ramilletes bien puedo hacerla una visita se dijo asimismo, subiendo alegremente cuatro pisos detras de ella. Llamó á la puerta, se abrió y una vieja seguida de dos niñas se presentaron gritando:

—María! María! mi querida mamá buen dia: todos se arrojaron en seguida en sus brazos.

Ella tambien las abrazó y acarició, despues dirijiéndose al compañero que habia conducido le dijo:

—Perdonadme, caballero, os habia olvidado.

—No me quejaré de ello seguramente, vuestras lindas hermanitas y vuestra mamá son motivo de escasa mas que suficiente.

—No son hermanas mias, caballero, sino hijas!

—Vuestras hijas! dijo admirado el desconocido.

—Si, caballero, sus hijas, adoptivas, dijo la vieja. Figuraos que mi hija una pobre viuda arruinada por la muerte de su marido, honrado y laborioso artesano, sucumbió de melancolia en la boardilla que se halla encima de este pequeño aposento, y me dejó sola en el mundo sin recursos con estas dos huerfanitas. Nos era preciso recurrir al hospicio, porque á mi edad, y enferma ademas, no podia hacer nada por mi ni por estas pobres criaturas. Se habló de mi desesperacion en la casa, y en aquella tarde oí llamar á la puerta: era María, señor, la misma María que con su voz angelical me dijo: Señora Margarita, yo he perdido á mi madre hace tres meses, soy sola en el mundo, vos y vuestras niñas la reemplazarán. Desde entonces nos hace vivir con ella. Por desgracia esto es para mi una gran pena, la generosa niña trabaja dia y noche para subvenir á las cargas que voluntariamente se ha impuesto y las que le cuesta trabajo cubrir. Cada mes es preciso que saque un poco de su capital de cinco mil francos que le ha dejado su madre. Si yo fuera sola ya hubiera abandonado á mi bienhechora por no arruinarla; pero estas dos niñas me retienen y me quitan el valor, pues seria necesario conducir las al hospicio, caballero!... Al hospicio las hijas de mi hija!...

Mientras que Margarita hablaba María estaba con los ojos bajos vergonzosa y confusa como si de ella se hubiera dicho alguna mala accion.

—Yo era huérfana, dijo como para excusarse, no podia vivir sola, sin proteccion, sin afeccion, Margarita vela por mi,



sus nietas me aman ¿no es verdad que debo estarles obligada caballero?

—Sois una buena joven, replicó el desconocido con voz conmovida. Mereceis que se os tenga un gran interés, y de que yo os lo tengo voy á daros una prueba riñendoos, si, riñendoos. Escuchadme querida niña. Es preciso no viajar así sola en los carruajes públicos.

—Caballero, interrumpió Margarita, ha estado durante ocho dias trabajando á la costura en casa de la Señora Marquesa de San Vicente.

—Bien, muy bien; pero recordad María que no se debe hablar con los viajeros que no se conocen y aun menos hacer ramilletes con ellos. En fin una joven no debe dejarse conducir en carruaje por un desconocido. Dios ha querido que por esta vez hayais encontrado un hombre á quien vuestra belleza y vuestra inocencia han inspirado la admiracion y el respeto que se tiene á los Angeles, otro pudiera vilmente haber abusado de vuestro candor. Habeis de ser en adelante prudente y muda en un coche y dejar mas bien que vuestra gorrita se moje que admitir en vuestra casa un extraño. Mientras tanto permitidme imprimir un beso en vuestra frente tan pura, y que abraza á estas dos encantadoras niñas que os llaman madre.

Dió en efecto un beso á María, abrazó las niñas y deslizó en sus manos una pieza de oro saliendo despues sin nombrarse.

(Se continuará.)

L. G. M.

## ORIGEN DE SALAMANCA.

### REMITIDO.

Nada hay mas oscuro en la vida del mundo que el origen de casi todos los pueblos; las sociedades como el hombre tienen su infancia, y la imaginacion que predomina en esta edad agranda los he-

chos, diviniza los héroes y personifica las acciones que mas preocupan su ánimo. Es cierto que la flexible imaginacion del historiador descifra ya, como inspirada, tan confusos geroglíficos, y al considerar los millares de siglos que enumeran en sus crónicas la India y la China, deduce con un sábio de nuestros dias, «que lejos de probar esto la antigüedad del género humano, prueba por el contrario su juventud, cuando aun logra entretenerse con tan pueriles diversiones.» Pero la falta de medios de comunicacion, el choque de opuestos intereses por conservar ó alterar la verdad que rebaja el orgullo de algunos al par que sostiene el honor de sus contrarios, y sobre todo la guerra, ese monstruo desolador que anonadó los mas florecientes imperios, igualó con su descarnada mano las mas hondas inscripciones y arrancó del mapa de los pueblos á Ninive y Babilonia, á Jerusalén y Palmira, aumentan la oscuridad de la edad antigua.

Si cuando los hijos de Mahoma inundaron nuestro territorio, Salamanca, ya plaza fuerte, hace en aquella encarnizada lucha un papel interesante; si al par que los Alfonsos y Ordoños se afanan por reedificarla, es presa de las feroces huestes de Mozron, Texefin, Benhali y otros. ¿Cuál seria su suerte en la alternativa dominacion de Fenicios, Cartagineses y Romanos, y sobre todo cuando España se vió lanzada en la desastrosa guerra que provocaron los bárbaros del norte?

No parecerá extraño por lo tanto que nos hallemos embarazados al hablar de los primeros tiempos de nuestra adorada patria y tanto mas si se consideran los errores que, cual artículos de fé, han adoptado sus cronistas. No llevamos la pretension de fijar el origen de Salamanca, pero creemos que puede deducirse la falsedad de muchas noticias con la sencilla esposicion de lo que nos transmitieron los historiadores mas antiguos que hablan de ella.

Dice el Sr. Gonzalez Dávila, refiriendo su antigüedad que Polibio la conoció ya con el nombre de *Elmántica*. Con efecto, este historiador cuenta (lib. 3.º) de



Anibal, que habiendo recibido el mando del ejército y pensando que no sería oportuno andarse en dilaciones, se estendió hasta el término de los pueblos Olcades, y se apoderó de las ciudades *Elmántica* y *Arbacala*; aun hay mas: Tito Livio, que no olvido á Polibio al escribir su historia, en este como en otros muchos puntos le copia exactamente (lib. 25, pár. 5.º) y traduce el nombre griego por el latino *Hermandica*. He aquí porque se dice generalmente que Tito Livio habló de nuestra ciudad. Mas es preciso no dejarnos seducir por las apariencias y consultando las geografías antiguas veremos que no pueden corresponder dichos nombres con el actual de Salamanca, porque todas nos confirman que nunca perteneció esta á los pueblos *Vacceos* en que ambos historiadores la colocan, sino á los *Vettones*. Cristóbal Cellario se presenta severo contra el abuso de creer que Polibio habló de nuestra ciudad. Todos sabemos que los Redactores de la colección de AA. selectos anotada para uso de las escuelas pias se desvian también de la comun creencia y colocan á *Hermandica* en la vecina Alba de Tórmes, y debe notarse que Ptolomeo establece en los *vacceos* á *Albacela*, sin duda la *Arbacala* de Polibio.

Pero se dice: los antiguos paraban poco en el uso de las vocales así que no debemos dar importancia á sus cambios; la diferencia corográfica que aparece en las historias solo significa que Salamanca estaba en el término divisorio de los *vacceos* y *vettones*, pueblos limitrofes como todos aseguran; y en fin, si existiendo hoy una unidad conservadora, vemos con cuanta facilidad se alteran las divisiones política y civil de España, de conocer es que nada sería permanente mientras la suerte de las armas y las rivalidades y escursiones de unos pueblos contra otros decidieran de sus respectivos límites, y nada extraño por lo mismo que Salamanca en tiempo de Polibio fuese *vacceos*, y *vettona* en el de Ptolomeo. Sentimos no seguir en estas observaciones á la respetable autoridad que las ha espuesto en nuestros días, porque aun olvidando lo del cambio de vocales, (que también de con-

sonantes le hay en este caso,) no debemos despreciar la diversidad de las noticias históricas que nos conserva en el parecer ya espuesto. Nadie negará que la *Salmantica* de Plutarco es la *Salmantica* de Ptolomeo, la actual Salamanca, y es bien notorio que la relación de aquel no concuerda con la de Polibio que nos asegura haberse apoderado Anibal de la ciudad valido de un ataque repentino y arrojando hácia los Olcades á los que no sucumbieron en el ataque. Ni acaso pueda sostenerse con fundamentos razonables que Salamanca estuvo en el límite divisorio de los pueblos *vacceos* y *vettones*, porque como no puede menos de reconocer el erudito escritor á quien antes nos referíamos, los Redactores del Diccionario geográfico universal publicado en Barcelona, apoyados en autoridades respetables indican que Salamanca correspondió al centro de los *vettones*. Causaron sin duda contribuyó mucho á generalizar aquel error, cuando en su traducción de Polibio estampó el nombre *Salmantica*.

FERMIN HERNANDEZ IGLESIAS.

(Se continuará.)

## EL REY ARABE Y EL POETA.

Habia en la Arabia un rey cuya memoria era extraordinaria. Bastábale oír recitar una sola vez cualquiera composición para decirla con la misma facilidad que el autor. Tenia á su servicio dos personas dotadas de la misma facultad en un grado notable. Uno de sus mamelucos repetía sin titubear una poesía que hubiera oído dos veces, y otro de sus esclavos lo hacia de la misma manera despues de haberla oído tres.

Cuando un poeta se presentaba en palacio á ofrecer sus homenajes al trono por medio de las musas, el rey tenia la costumbre de prometerle que si hallaba que sus versos eran enteramente originales le recompensaría con un peso de oro igual al del manuscrito. Cierta el poeta de la originalidad de sus poesías las declamaba con confianza, pero apenas habia acabado le decia el rey:



—Esto no es nuevo. Hace muchos años que conozco esos versos, pues los sé de memoria, y los repetía palabra por palabra con gran sorpresa del poeta. Añadía además. Este mameluco los conoce lo mismo y los va á repetir. El mameluco después de haberlos oído al poeta y al rey los decía de la misma manera. Y aun tengo un esclavo, proseguía el rey, que debe saberlos como nosotros, que se le conduzca aquí. Aparecía el esclavo, el cual oculto detrás de una colgadura había oído recitar la poesía al poeta, al rey y al mameluco, y la repetía como si la hubiera aprendido desde su infancia. Confundido el poeta no sabía explicarse cómo otros sabían también sus versos y se crea víctima de algún mal genio; pero no teniendo nada que oponer se veía obligado á retirarse con las manos vacías.

Un famoso poeta llamado El-Asmaéc sospechó la habilidad del rey y se propuso experimentarla y aun salir vencedor. Compuso una oda en la que sin sacrificar el pensamiento hizo entrar con gran paciencia y erudición las palabras poéticas de la lengua árabe mas difíciles de pronunciar y retener. En seguida tomando aire de extranjero, y cubriéndose el rostro con una especie de careta siguiendo la costumbre de los árabes del desierto, se presentó delante del rey.

—O hermano de los árabes, le dijo el monarca, de dónde vienes, qué deseas?

—Dios aumente vuestro poder! Yo soy un poeta de la tribu... y he compuesto una oda en honor de nuestro Sr. el Sultan.

—O hermano de los árabes, sabes tú, replicó el rey, con qué condicion obtendrás una recompensa.

—Ignoro esa condicion, poderoso rey, dijo el poeta.

—Si la oda que vas á recitar no está compuesta por ti no obtendrás ningun premio, pero si es enteramente nueva, si realmente eres su autor te daré tanto dinero como pese el manuscrito á que has confiado tus inspiraciones.

—Cómo me atrevería yo exclamó El-Asméc á pretender ser el autor de versos de otro? Ignora ningun súbdito que el mentir delante del rey es una de las mas

viles acciones que se pueden cometer? Los versos son míos, y así me someto sin ningun temor á cuantas condiciones queráis imponerme. Recitó en seguida su oda. El rey turbado, incapaz de retener un solo verso hizo seña al mameluco; nada había retenido. Hizo comparecer al esclavo que tampoco supo desempeñar su papel.

—O hermano de los árabes, tu has dicho verdad! Es la primer vez que he oído tu oda. Muéstranos el manuscrito á fin de que te dé la recompensa prometida.

—Poderoso Sultan, respondió el poeta, ordenad á dos de vuestros esclavos me ayuden á conducir á los pies de vuestro trono lo que me pedis.

—Qué han de conducir? exclamó el rey, pues qué el manuscrito no está en papel, no lo traes contigo?

No, gran señor, soy muy pobre; cuando compuse estos versos no tenía papel y me vi obligado á grabarlos sobre un pedazo de columna que mi padre me había dejado en herencia. Este pedazo de mármol está á la espalda de mi cabaña, muy cerca de vuestro palacio.

El rey cayó en sus propios lazos. Para sostener su palabra le fué preciso agotar su tesoro. Pero no echó en saco roto esta lección, renunció á servirse de su habilidad contra los poetas, recompensándolos en adelante segun su mérito y con la generosidad propia de un soberano.

L. G. M.

---

### Máximas.

La excesiva sensibilidad altera la hermosura, pero conserva la fisonomía.

No es en los negocios de estado, sino en los de su familia, en los que una mujer debe dar á conocer su espíritu y prudencia.

---

SALAMANCA:

Imprenta de D. Telesforo Oliva.

Calle de la Rua, número 25.